

por esto no habían llegado á constituir una nacion y una patria unificada y fuerte.

Cuando en aquella época llegó á su colmo la fermentacion religiosa, fuerza enteramente nueva para la raza alemana, no hubo poder alguno en Alemania capaz de intentar un arreglo entre este pueblo y Roma.

CAPITULO IV

LA IGLESIA EN ALEMANIA

En Alemania, como en todas partes, lo que mas indignaba al pueblo entre los actos de la Iglesia era la explotacion material que ésta habia organizado, á lo cual se agregaba en Alemania el sentimiento del modo indigno con que el papado habia tratado á los emperadores; pero ni el odio del patriota ni el del contribuyente eran bastante fuertes para romper los vínculos sagrados que ligaban el pueblo aleman con Roma. Para romperlos se necesitaba la conviccion íntima, nacida en la conciencia, conmovida hasta en sus fibras mas ocultas, de que tales vínculos nada tenían de santos, sino que eran muy al contrario ligaduras, mas que mundanas, ímpías.

En nuestros tiempos se ha querido descubrir uno de los primeros representantes del espíritu protestante en el mas grande de nuestros trovadores, Walter de Vogelsveide, y en efecto, el mismo Hutten podria haberle envidiado su pintura del mago de Roma, al cual el moro del infierno presenta el libro negro. Jamás se ha expresado en tan bellas y robustas frases el odio del aleman laico contra el yugo eclesiástico impuesto por Italia á la nacion alemana. Al lado de este odio percibimos la fe religiosa del poeta, pero una fe que se lanza fuera del círculo trazado por la Iglesia, y se eleva hácia el Dios supremo, el Dios que adoran los cristianos, los judíos y los gentiles. Sin embargo, este Dios, segun el autor, parece estar dormido, ó no quiere ver á los sacerdotes extraviados que nos enseñan el cielo mientras ellos se hunden en el infierno. El Papa se rie á carcajadas de los estúpidos alemanes y dice: «Lo suyo se hace mio; el dinero de los alemanes pasa á las arcas italianas; por esto, oid, clérigos: hartaos de buenas gallinas y de buen vino y haced ayunar á los estúpidos laicos alemanes!»

Estas quejas antiguas se transmitieron de generacion en generacion como una herencia; pero el papado no se enmendó, ni en la época de los grandes concilios, que apenas produjeron algun resultado útil. Los decretos del concilio de Basilea, que el parlamento de Maguncia del año 1439 elevó á leyes del imperio, podrian haber sido para la Iglesia de Alemania hasta cierto punto un escudo contra las demasías mas escandalosas de la curia romana; con el restablecimiento de la eleccion canónica libre iba unida la supresion de innumerables gabelas pontificias y una reduccion notable de los casos de apelacion al Papa, así como del uso del entredicho; pero el concordato de Viena del 17 de febrero del año 1448 acabó con estas conquistas, volvió á conceder al Papa una extensísima participacion en la provision de las prebendas y restableció la odiada gabela de las medias annatas. La corte de Roma, animada con tan lata condescendencia, no se contentó con estas concesiones y volvió á su tradicional arbitrariedad y á su desprecio de todas las obligaciones molestas. El episcopado aleman, que habia prestado su cooperacion á estas reconquistas del papado, fué la primera víctima y pagó cara su debilidad, porque habiendo sido el objeto principal de la curia romana el de llenar sus arcas, ¿cómo habia de guardar atenciones á la iglesia alemana, que tenia fama de ser la mas opulenta de la cristiandad? Aquí solo citaremos algunos de los medios mas productivos de

que se servia la máquina rentística de Roma para sacar sin interrupcion dinero del clero aleman. En primer lugar figuraban los derechos de confirmacion, que debian pagar los obispos y abades despues de ser elegidos ó nombrados. Segun arancel del siglo xv, importaban estos derechos para cada una de las mitras de Maguncia, Colonia, Tréveris y Salzburgo 10,000 florines de oro. Además de este gravámen los arzobispos debian comprar el palio, venda estrecha de lana, la cual segun el derecho canónico confiere al que la lleva la plenitud de su elevada mision sacerdotal. Esta insignia implicaba, fuera de sus otros méritos, un juramento de vasallaje especial al Papa y costaba una suma enorme; pero mas costaba rehusarla, como sucedió á un arzobispo de Tréveris en el siglo xiii, el cual por no querer comprar el palio fué destituido, y para no perderlo todo tuvo que pagar al fin 165,000 florines de oro. A principios del siglo xvi vacó y fué provista tres veces en el espacio de diez años la mitra de Maguncia, y Alberto de Brandeburgo, que quiso costear el palio, necesitó tomar prestados de la casa Fugger, á su instalacion, 30,000 florines de oro. De las prebendas eclesiásticas menores cobraba la curia al proveerlas las medias annatas; y á todos estos ingresos, que por sí solos justifican los dichos de Lutero tocantes á la feria y lonja romana, añadiase todo un sistema de reservas, que por las frecuentes cuestiones á que daba lugar era un nuevo manantial de dinero para la curia. Al principio la provision de las prebendas vacantes por el Papa sirvió para favorecer á eclesiásticos meritorios y pobres; pero esta práctica habia caido ya en desuso hacia mucho tiempo y habia degenerado en un comercio escandaloso de empleos eclesiásticos. El concordato de Viena aumentó el número de las reservas pontificias de prebendas y autorizó á la curia para anular «por motivos fundados» toda provision hecha por eleccion. El comercio con estas prebendas dió á la corte romana el carácter de una verdadera Bolsa. Allí se vendian prebendas ó el derecho de ocuparlas cuando vacaran, y allí se indultaba á las corporaciones eclesiásticas que acudian á reclamar contra la provision de prebendas ó la concesion de expectativas, reservándose la curia anular el indulto en caso necesario. Se eludia la prohibicion de la acumulacion de varias prebendas en una sola mano, ya formando de varias prebendas una sola, ya dando posesion de ellas á la persona favorecida con el carácter de encomienda y con la obligacion ficticia de proveerlas. Cuando el candidato favorecido habia obtenido la plaza que pretendia, por los medios que pueden suponerse, debia hacer todavia muchos sacrificios de dinero, gratificando á innumerables empleados para obtener los títulos. Sobre el descaro de la turba de empleados en las oficinas de la curia se encuentran revelaciones interesantes en el diario de un gran maestro de ceremonias del tiempo de Julio II y en las *Confesiones* de Leon X. Se dice que hasta obispos y arzobispos estaban amenazados de excomunion si se mostraban mezquinos con aquella multitud de empleados hambrientos. En una ocasion en que se celebraban los funerales de un cardenal en la iglesia de un convento, los frailes se opusieron á que el predicador se llevara despues del sermón el paño negro de que estaba adornado el púlpito, y esto produjo una batalla en la misma iglesia entre los frailes y la gente del Papa, de la cual salió el predicador molido á palos. Muchos de los que entonces tuvieron que ir á Roma para asuntos propios ó ajenos nos han dejado relaciones de la codicia insaciable de los empleados y de los Papas, que sostenian semejante caterva. Las relaciones de los representantes que la órden teutónica tenia en Roma en el siglo xv contienen, entre otras, sobre este punto cosas increíbles. La toma de posesion de su cargo de representantes costaba á cada uno unos 1,000 florines de

oro, sin contar los regalos de Navidad para los cardenales y auditores. En una de estas cuentas, solo el gasto de los dulces «subió á mas de 100 ducados.» Estos regalos se repitieron con el tiempo en todas las grandes fiestas anuales, costumbre abusiva que hace decir á uno de los embajadores que deberia tomarse ejemplo de los italianos, que no hacen caso de los anatemas del Papa, y añade: «Solo nosotros, pobres alemanes, creemos todavia que el Papa es un dios en este mundo; pero seria mas acertado ver en él un demonio, como lo es en efecto (1).»

Los solicitantes, mendigos y cazadores de prebendas y otras mercedes pontificias eran llamados en Roma «cortesanos,» y preguntando un día Federico el Sabio al arzobispo Ricardo de Tréveris por el significado de aquella palabra, le contestó el arzobispo que significaba *prostituto*, así como cortesana significaba prostituta, añadiendo: «Bien me consta, pues he tenido que pasar tambien por ello cuando estuve en Roma.»

Como se vendian gran parte de los empleos de la curia y las prebendas y beneficios eclesiásticos, se trató de aumentar y activar este tráfico, y la curia lo encargaba en comision y á rédito á grandes casas de comercio. Así se hizo con los bienes que quedaron disponibles á la muerte de un canónigo de Augsburgo, encargándose de su venta la casa de Fugger. Sucedia que los compradores los vendian despues á otros que á su vez los arrendaban á quien ofrecia mas, y de esta manera la administracion de muchas iglesias corria peligro de caer en las manos mas indignas. Wimpfeling (2) describe por experiencia propia la invasion de estos «vicarios» por arriendo en las iglesias parroquiales de su país, la Alsacia. En su mayoría estos vicarios procedian de Suabia y habian hecho sus estudios mendigando como estudiantes sopistas ó gorriones, haciéndose despues vendedores ambulantes de reliquias ó cocineros, mozos de caballeriza, monteros, cantores ó bufones de algun prelado, hasta lograr colocacion en una iglesia. El mismo papa Adriano VI dice explícitamente que en Roma se daban curatos y prelacías hasta á cocineros y arrieros. Es cosa probada que en Alemania se colocaron en puestos eclesiásticos grandes masas de personas enteramente ineptas, sobre todo á consecuencia de la costumbre de reunir varias prebendas en una mano. Por ejemplo, el marqués Alberto de Brandeburgo poseía las mitras de los arzobispados de Maguncia y de Magdeburgo, con la del obispado de Halberstad; pero si en este caso podian alegarse razones políticas para disculpar el abuso, no sucedia así tratándose de prebendas y beneficios de menor cuantía. El ya mencionado Wimpfeling conocia á un clérigo que tenia veinticuatro prebendas, y entre ellas ocho canonjías; y Capito dice que otro canónigo, llamado Jacobo de Estrasburgo, habia adquirido cien prebendas, con las cuales hacia un comercio lucrativo. Sucedia, como es de suponer, que á consecuencia de este abuso, muchos curatos y otros cargos eclesiásticos recaían á menudo en manos de extranjerios que ni siquiera entendian el idioma de sus feligreses; y estos y otros inconvenientes escandalosos no ocurrían solamente en la provision de puestos correspondiente al Papa, sino tambien en la que correspondia á los prelados alemanes, los cuales con harta frecuencia se veían obligados á ceder las prebendas mas pingües á señores canónigos de sus respectivos cabildos, que hacian con ellas lucrativo negocio arrendándolas. La cura de almas, verdadero objeto del estado eclesiástico, acabó por quedar

(1) En esta y otras muchas quejas contra el Papa se confunde la persona con la institucion. Los papas entonces tenían las virtudes y los vicios de su época, y en punto á vicios no les iban en zaga los legos.
(N. del T.)

(2) Véase *El Renacimiento en Italia y Alemania*, por Geiger.

completamente relegada al olvido, y jóvenes á los cuales nadie habria confiado el cuidado de una sola cabeza de ganado, dice Sebastian Brant, parecian todavia muy aptos para ser curas. Bien reclamaban con frecuencia las autoridades competentes contra tales abusos y pedian que no se colocaran, sobre todo en los curatos, sino personas versadas en los estudios; pero sucedia que los estudios de las tales personas se limitaban regularmente al arte de leer y escribir y algunos rudimentos de latin; lo cual ciertamente no era garantía de que el agraciado dejase de considerar su plaza como una sinecura y una fuente de dinero. Así lo indica un libro de moral (*liber moralis*) muy usado todavia en el siglo xv, que concluye con esta observacion: «Mira, hijo mio, á los clérigos vestidos de púrpura que ganan sus riquezas con las letras sin fatigarse en trabajos rudos. Estos sí que son los sabios verdaderos.» Tambien en el clero se conservaban con toda la nimiedad de la época la diferencia de castas y el orgullo nobiliario particularmente; siendo indudable que una gran fraccion del clero bajo aleman no participaba de la opulencia del resto y arrastraba una vida miserable, explotado por sus superiores y luchando con la competencia que les hacian los frailes mendicantes y con la mala voluntad de sus feligreses. «No hay, dice Sebastian Brant, hombre mas desgraciado que el clérigo que no se gana la subsistencia.» Sus enemigos mas temibles eran los frailes mendicantes, que por sus privilegios papales estaban fuera de la jurisdiccion episcopal, podian recorrer las comarcas con sus alforjas, usurpar la cura de almas en el púlpito y el confesonario y explotar así á favor de sus conventos la generosidad y liberalidad de los creyentes. Esto hacian en perjuicio del clero parroquial, con extraordinaria y odiosa actividad. No eran tampoco edificantés los conflictos y contiendas á que estas rivalidades daban origen, como tampoco lo eran las costumbres de unos y otros competidores.

En el siglo xv llegó la mundanalidad del clero aleman, como del de todos los países, á un punto extremo que no permitia ir mas allá. La espantosa desmoralizacion del bajo clero no era mas que la consecuencia del mal ejemplo que le daban sus superiores, los prelados. Los cabildos que elegian á los prelados eran entonces corporaciones exclusivamente aristocráticas y procuraban con gran rigor excluir de todos los altos puestos de la iglesia hasta á los miembros de las familias patricias de las ciudades, como consta de los cabildos de Worms, Basilea, Augsburgo y otros. El de Colonia exigió en 1474 la prueba de nobleza de cinco generaciones, es decir, de treinta y dos ascendientes nobles, para la plaza de canónigo, á pesar de que habia bastado hasta entonces que los padres y abuelos fuesen nobles. Estos canónigos caballeros no pensaban en llevar una vida diferente de sus parientes laicos y hasta se avergonzaban de vestir fuera de la iglesia el traje del cargo que les mantenía y que sufraga su lujo y sus excesos. Llevaban en la calle y en su casa el ridículo traje ajustado al cuerpo, con la espada y la daga colgantes del cinturón, y cuando tenían que asistir al coro se vestian en la iglesia, adonde hacian llevar por sus criados ó siervos el traje eclesiástico de su cargo. Las riñas, la caza y los galanteos eran sus ocupaciones, y los canónigos jóvenes en muchos lugares eran el terror de la poblacion. Así en Eichstaedt armaban alborotos nocturnos, persiguiendo á las mujeres de los ciudadanos, rompiendo los vidrios de las ventanas, derribando las barracas de los vendedores, sobre todo en las ferias anuales; y en Oehringen se divertian en apalear y aun en dejar muertos en la calle á los habitantes pacíficos, en maltratar á mujeres indefensas ó en dar palizas en las casas de prostitucion. Las mujeres nobles que poblaban las colegiatas y los conventos no cedían en mundanali-

dad y libertinaje á los canónigos. Un tal Jorge Tetzel de Nuremberg, que acompañó en 1466 como escudero á un noble de Bohemia en una correría en busca de aventuras, cuenta lo siguiente de un convento de monjas de Neuss: «La superiora invitó á mi amo al convento, donde le dió un precioso baile, en el cual se presentaron las moradoras del convento muy hermosamente vestidas y ataviadas y prácticas en las danzas mas elegantes. Cada una tenia su criado camarero que marchaba delante de su señora y la servía; todas vivian como mas les agradaba. Nunca en mi vida he visto en un convento tantas mujeres hermosas.»

El autor de la crónica de Zimmer llama sin rodeos á un convento de monjas en Oberdorf «el burdel de la nobleza,» y cuando el fraile Juan de Busch, el gran reformador de los conventos, dió el tratamiento de hermana á la superiora del convento de Wennigsen, indicóle ésta la inconveniencia de semejante libertad, diciéndole: «Vos no sois hermano mio; mi hermano va vestido de hierro y no de paño burdo, ¿por qué, pues, me llamais hermana?» Toda indicacion de volver á la observancia estricta de la regla, era rechazada con indignacion por aquellas nobles religiosas claustradas. Geiler de Kaisersberg dice en uno de sus sermones, al lamentarse de la desmoralizacion del clero: «Las ocupaciones de los obispos son montar á caballo y tener muchas cabalgaduras, recibir grandes honores, llenar sus arcas, comer buenos pollos y correr tras las prostitutas.» El mismo crítico severo confiesa, no obstante, que todavía existian prelados religiosos, y cita como tales tres obispos alemanes.

La circunstancia de ser los prelados alemanes simultáneamente príncipes soberanos explica su participacion en innumerables guerras interiores y exteriores en el siglo xv, cuando prevalecia únicamente el derecho del mas fuerte y cada uno tenia que defenderse como podia de los ataques mas imprevistos. El prelado cubierto de armadura y montado en su caballo de batalla era para los alemanes un espectáculo muy comun, porque eran muchos los Estados eclesiásticos soberanos en el imperio. Sin embargo, entre estos prelados que tan pronto llevaban la mitra y el báculo como el yelmo y la lanza hubo algunos que trabajaron sinceramente para levantar el nivel moral de su clero, como por ejemplo el belicoso obispo de Eichstadt, Juan III, que, segun fama, habia dicho que no temeria habérselas con cinco enemigos si peleaban lealmente. Lo mas repugnante era el abuso que aquellos prelados mundanales hacian de las armas espirituales, excomulgando y poniendo en entredicho á los contrarios con los cuales guerreaban. «No habia guerra ni desgracias donde no anduvieran de por medio un obispo, prior, dean ú otro clérigo; los súbditos rurales del clero sufrían tanto, que á no haberlo impedido Dios, los husitas y herejes habrían triunfado,» dice un escritor de la época. Carlos de Bunow, clérigo noble y dueño de la iglesia de Stralsund, se habia enemistado con la ciudad, y para vengarse devastó sus alrededores y territorio á la cabeza de su clero montado y armado, y no contento con esto, hizo cortar brazos y piernas á los trabajadores que cogió fuera de la ciudad. Los habitantes enfurecidos quemaron vivos á un capellan y á dos curas párrocos que cayeron en sus manos. La ciudad fué declarada en entredicho, pero el causante de todo, el clero despótico y feroz, no recibió castigo ninguno. El mismo cardenal Nicolás de Cues (Cusano), hombre de estudios y filósofo ilustrado, tuvo como obispo de Brixen una feísima contienda con el duque Segismundo del Tirolo, con motivo de la tutoría de un pequeño convento de monjas. Esta disputa originó largas y desagradables polémicas con la curia, y dió lugar á un acto feroz y sangriento de parte de la gente del obispo, á la apelacion del duque á un concilio, y en su defecto á toda la cristiandad, y finalmente

al desprecio público de las censuras papales. No podían éstas ni los anatemas producir ninguna impresion cuando altos dignatarios de la Iglesia se negaban á usar en la vida mundana el traje y carácter eclesiásticos de su cargo; cuando el obispo Magno de Hildesheim, para recibir á un cardenal legado del Papa, se presentaba cubierto de piés á cabeza de magnífica armadura y montado en su caballo de guerra; cuando el arzobispo Gunther de Magdeburgo decia la primera misa despues de 35 años de llevar la mitra, y cuando el obispo Roberto de Estrasburgo no dijo en todo el tiempo de su obispado misa alguna. El obispo Federico de Augsburgo pasó por maniático, por italianizado y pretendiente del capelo cardenalicio porque asistió al parlamento de Nuremberg en traje episcopal, cuando todos sus colegas eclesiásticos, miembros del mismo parlamento, asistian en trajes que les daban el aspecto de comediantes. En una fiesta de gala que se celebró durante el parlamento de Colonia en 1505, el arzobispo, una abadesa y un número de monjas nobles abrieron el baile en presencia del rey; y del cardenal Mateo Lang se cuenta que asistió á una danza carnavalesca en Augsburgo en traje de beguino. Aquellos príncipes de la Iglesia estaban por lo general mas instruidos en la equitacion y en el baile que en la gramática latina y en el ritual.

Igual cuadro, y peor en proporcion, nos presenta el bajo clero; su mundanidad era espantosa, haciéndola mas repugnante la explotacion descarada del carácter inviolable eclesiástico. La mayoría del clero, siguiendo el ejemplo de sus superiores y la corriente de la época, no tenia mas objeto que hacer dinero y gozar de la vida y de sus placeres. Formaban la base sólida de la riqueza de la iglesia de Alemania sus inmensas posesiones territoriales, amén de sus innumerables medios de arrebatar al pueblo laico una parte nada modesta del producto de su trabajo. La poblacion rural pagaba el diezmo y cargaba con la obligacion de sufragar una parte de la construccion, adorno, dotacion y conservacion de las iglesias; en las ciudades eran permanentes las contiendas con el clero, que se negaba tenazmente á contribuir á las cargas públicas, pretendiendo en cambio hacer libremente la competencia á los comerciantes é industriales, porque traficaba en trigo, hacia préstamos bajo condiciones usurarias y hasta tenia tabernas y casas de juego. En los choques que esto originaba no se sometia á la jurisdiccion civil, y cuando los quejosos apelaban á la curia, se abultaban y alargaban los litigios mas insignificantes, de tal suerte que los gastos excedian luego al valor de la reclamacion. Entretanto el clero castigaba al pagador moroso con la excomunion, cosa muy usual. Es preciso reconocer que los gobiernos de las ciudades, no obstante sus sentimientos católicos sinceros, comprendieron el peligro de la excesiva acumulacion de riqueza en la mano muerta, é hicieron esfuerzos enérgicos para combatir el mal. El gobierno de Colonia, ciudad levítica por excelencia, y los de otras ciudades, prohibieron á los establecimientos eclesiásticos la adquisicion de nuevos inmuebles y rentas, y decretaron la enajenacion de los que poseían; pero el clero supo eludir perfectamente estas obligaciones: vendió inmuebles, pero con la condicion de que á la muerte del comprador la finca volveria á ser propiedad del establecimiento eclesiástico de que habia salido, el cual la volvia á vender bajo las mismas condiciones. Las comunidades monásticas que al principio habian cultivado sus propiedades directamente, las dieron en arriendo, ya fuesen campos, bosques, prados, pesquerías, molinos ó salinas, para trabajar lo menos posible y realizar beneficios mayores, sin curarse del mérito moral y de la santidad del trabajo personal.

El comercio que los representantes de la religion hacian

con las gracias de la Iglesia para llenar sus arcas, requiere, para ser juzgado, el conocimiento del estado moral del clero en aquella época.

En vano los obispos y concilios tomaron las disposiciones mas enérgicas y severas para acabar con el amancebamiento de los clérigos; estos continuaban viviendo con sus mancebas, que se llamaban amas de llaves, pero que fuera de la bendiccion de la Iglesia eran verdaderas esposas de sus amos, y esto no era nada en comparacion de los escándalos que ocurrían en los monasterios y conventos, que eran verdaderos focos de inmoralidad. Los obispos, en vista de la inutilidad de sus esfuerzos, consintieron finalmente el amancebamiento de sus subordinados en cambio de una multa en dinero. Habia sacerdotes que celebraban el bautizo de sus hijos y las bodas de sus hijas como cualquier otro padre de familia. No hay que decir que aquellas amas de llaves y aquellos bastardos de los clérigos dieron abundante motivo á los laicos para innumerables burlas.

Peor era lo que pasaba en los conventos, cuyos moradores habian hecho los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, pero sin cumplir ninguno. Allí la calumnia era imposible, y las sátiras mas venenosas eran exactas y estaban justificadas, sobre todo las relativas á los frailes mendicantes, personificacion de la ignorancia y de la licencia. Así lo refieren escritores clericales y monacales serios é ilustrados, como el honrado benedictino Nicolás de Siegen, al cual dijeron las mujeres de su lugar, riendo, que el fraile agustino que recorria aquel término no dejaba pasar muchacha alguna que encontrara sin prodigarla sus caricias. Geiler de Kaisersberg dice que los conventos, sin excepcion, que no habian adoptado la reforma disciplinaria, no eran mas que escuelas de prostitucion y de libertinaje. En los conventos de monjas sobre todo era el libertinaje escandaloso; los amantes de las monjas entraban y salían de dia y de noche sin disimulo alguno; las monjas se vestían con toda coquetería, haciendo resaltar sus formas corporales, organizaban danzas, asistian á bailes fuera del convento y hasta concurrían á los baños públicos. La hija del duque Guillermo de Brunswick, monja, se escapó disfrazada de hombre del convento de Mariensee; y como el capellan que habia de huir con ella tuviera miedo, huyó ella sola, para correr el mundo en busca de aventuras amorosas. Tritemio, abad de Spanheim, habla de un convento de monjas en Frisia, que estaba tan perseguido por los demonios, que éstos en forma de hombres jóvenes entraban por las ventanas, corrian por el dormitorio y se metían en las celdas. Las monjas pasaban por poseidas y prorrumpían durante el oficio de la misa en aullidos infernales que hacían helar la sangre, hasta que ya no se encontró sacerdote para celebrar la misa en aquel convento. Para formarse una idea de la corrupcion espantosa que reinaba en los conventos, es menester leer las relaciones de Juan de Busch, que se habia propuesto restablecer en un gran número de conventos de la Alemania del Norte la observancia rigurosa de la regla de la orden, y la relacion de las luchas que el ya citado abad de Spanheim tuvo para poner un dique á los desórdenes á que se entregaban los monjes de su propio monasterio. Al lado de esta vida licenciosa, parecían bromas y travesuras perdonables los excesos de los frailes mendicantes; nadie observaba las prohibiciones ni las limitaciones del uso de carne, y si algunos las observaban en los dias de ayuno, se indemnizaban aumentando el número y calidad de otros platos suculentos y variados. Un abad de Volkerode dispuso que se diesen á los hermanos, que sudaban noche y dia en la viña del Señor, «abundantes raciones de las mejores cervezas del país, á fin de que pudiesen resistir al trabajo en el coro.» En el monasterio cisterciense de

Leubus (Silesia) no habian dicho los monjes en diez y ocho años ni una sola misa de las mandadas decir para las ánimas, y cuando se restableció la observancia y se les quiso obligar á decir todas las misas atrasadas, solo se conformaron con esta orden bajo la condicion de que el abad diera á cada uno una racion diaria de la cerveza buena que él bebía.

Mucho se trabajó para mejorar el estado moral del clero; pero lo que se entendía en el siglo xv por reforma eclesiástica era el restablecimiento de las ordenanzas caídas en desuso. Esto era lo que se propusieron los muchos sínodos provinciales que entonces se celebraron, y á esto, y no á otra cosa, iban dirigidos los esfuerzos de los mas incansables reformadores de los conventos. Abundan los documentos que testifican la actividad de los sínodos, de los cabildos y de los encargados de visitar é inspeccionar los establecimientos monásticos, pero faltan datos que nos ilustren sobre la eficacia de los acuerdos tomados y puestos en práctica. No serían grandes los frutos que dieron, á juzgar por la continuacion de las quejas y de las medidas de represion. La atencion de los sínodos se dirigía además preferentemente á cosas mas mecánicas, como la unidad del ritual de la misa, la entrega puntual del diezmo y la observancia de los ayunos. En las visitas solían figurar en primera línea el descubrimiento de la riqueza y el exámen y arreglo de la documentacion, el estado material de los edificios y de los objetos del culto, las servidumbres y obligaciones de la poblacion laica relativas á las iglesias, y al mismo tiempo se oían y se tomaba nota de las quejas del clero y de los diocesanos y feligreses. A esto se redujo todo el movimiento reformador monacal que con tanto trabajo se abrió camino en Alemania en el siglo xv y ocupó á tantos varones piadosos y enérgicos, como Geert Groot, el fundador de la congregacion de «los hermanos de la vida en comun,» que construyeron su primer convento en 1387, despues de la muerte del fundador, en cumplimiento de su deseo. Este establecimiento, levantado en Windesheim, cerca de Zwolle, fué un foco de «santidad moderna,» desde el cual sus miembros extendieron su actividad reformadora gradualmente á un gran número de conventos de diferentes órdenes, especialmente en el Norte de Alemania. Para los conventos benedictinos fué centro de un movimiento análogo el de Bursfelde, cerca de Gottinga, cuyo abad, Juan de Hagen, habia sido atraído á la causa de la reforma por el incansable Juan de Busch, que no pocas veces se vió amenazado de muerte en el ejercicio de su mision reformadora. La congregacion de Bursfelde fué una adquisicion importante, porque llegó á contar hasta setenta y seis conventos. Las órdenes mendicantes no se quedaron atrás; el elocuente orador sagrado Federico Coelde, de la orden de San Francisco, el fraile agustino Enrique Zolter y otros, trabajaron con gran celo en la regeneracion moral y en el restablecimiento de la observancia severa de las reglas de su respectiva orden. En este sentido ninguno trabajó tanto como Andrés Proles de Dresde y el gran cardenal alemán Nicolás de Cues (Cusano), que recorrió en el año 1451 en calidad de legado pontificio una gran parte de Alemania con la mision especial de reformar las costumbres del clero y particularmente de los claustros. Nicolás de Cues concibió la idea de extender esta reforma hasta las regiones mas elevadas de la Iglesia, sometiéndolo á los cardenales y al mismo Papa en adelante á la inspeccion ó visita eclesiástica.

Todos estos hombres y su obra nada tienen que ver con la reforma religiosa del siglo xvi. Su objeto no salía del radio monacal. Lucharon por pequeñeces y exterioridades, y hoy nos sorprenden tanto celo, tanta tenacidad heroica y tantos esfuerzos fuera de toda proporcion con objetos tan mezquinos